



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12198

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 4 DE JULIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 51.

Fecha triste

Fecha triste la fecha de ayer. La Historia la registrará como una de las más luctuosas de la vida de España.

Con ansiedad grandísima y encañada por ciertos espejismos, la mayoría de los españoles vio salir de la bahía de Santiago de Cuba nuestros modestos barcos, aquellos valientes cruceros que habían hecho desde Cabo Verde el viaje mas peligroso y fantástico que armada guerrera pudo realizar.

Debieron recalar en la Habana y recalaron en el puerto de Cuba porque así lo quiso la necesidad, no la voluntad del almirante.

Ayer hizo cuatro años que abandonaron aquel puerto para hundirse en el mar. Había que salvarlos ó perderlos y obedeciendo una orden que sera siempre discutida, salieron, afrontando la muerte sus tripulaciones pensando en las familias que iban á quedar desamparadas, en la patria que iba á perder lo poco que le restaba de marina, en Dios en cuyo seno dormirían pasadas unas horas los que por culpas de que no eran responsables iban a perder la vida en desigual pelea.

El telégrafo nos trajo la noticia. Los barcos habían abandonado el puerto desafiando al poderoso enemigo que lo bloqueaba. Y el entusiasmo se desbordó á torrentes, olvidando los que lo sentían que entre las fuerzas españolas y los yanquis había una diferencia enorme á favor de éstas últimas.

Los que pesaron y midieron de antemano las consecuencias del terrible choque, no se entusiasmaron. Previendo lo que acontecería,

esperaron ansiosos temiendo la llegada de la nueva fatal que iba á convertir el entusiasmo en desesperación.

Y la nueva llegó. Poco después de salir los barcos de Santiago de Cuba se habían cumplido los presentimientos naturales y lógicos de los tripulantes; el hierro, sembrando la muerte, había dejado en horrible desamparo multitud de familias, á España sin aquellas defensas flotantes tenidas equivocadamente desde el principio de la lucha como la salvaguardia de la integridad de la nación y centenares de almas volaban á la mansión celeste llevando la ofrenda de los mártires.

Horrible despertar el despertar de la nación.

Dormida en brazos de una confianza inverosímil, hija de su ignorancia, su primer pensamiento al salir de esa muerte periódica que llamamos sueño, fué para aquellos barcos. ¿Dónde estarían en aquel momento?

Estaban donde habían de estar, donde temieron que pararian los que no sintieron entusiasmo alguno, sino terrores; al llegar la noticia de que habían abandonado el puerto de refugio. Estaban en el fondo del mar, perdidos para España, incendiados, con sus tripulaciones deshechas, sirviendo de pedestal de gloria á los que sin riesgo de ninguna clase los echaron á pique y apresaron.

Han pasado cuatro años de aquella fecha luctuosa y aun pensamos con verdadero espanto en aquel día que fué para el país de sin igual tortura. El telegrama anunciador del desastre iba de mano en mano atraído por la ansiedad y rechazado por el horror. Los destroyers en el fondo del mar; los cruceros

embarrancados y clavados por las balas: las tripulaciones prisioneras en parte, y en parte durmiendo el sueño de la muerte.

Y los ojos se llenaban de lágrimas; la indignación estallaba en los pechos; la desesperación ponía en los labios maldiciones, blasfemias, palabras fieramente subversivas, toda la cohorte de clamores y gritos que engendra en los pueblos la idea de haber sido engañados.

Con el recuerdo penoso de aquella desdicha, queda otro digno de admiración: el recuerdo de aquellas tripulaciones correctísimas, que sabiendo que iban á una muerte sin lucha y sin gloria, se les dijo:—¡ad!—y fueron sin que se escuchara el más leve rumor de protesta.

La Historia consignará ese altísimo ejemplo de obediencia que llevó á dos mil hombres al sacrificio de la vida.

DE JACINTO VERDAGUER

MARINA

Poesía escrita en el golfo de Las Yeguas, después de dar eclesiástica sepultura á una niña de aquel nombre, muerta recién nacida.

¿No oía? Despertador toque de salva el buque hace temblar:
¿Caido en su cubierta habrá el del alba celeste luminar?
Una niña nació como él temprana, hñada en su arrebol;
la luna onvilia en beldad galana, su cabellera el sol.
—Ven á mi mano, ven, pósate en ella, paloma celestial;
tú guiarás, volando, nuestra huella hacia el país natal.
Tu madre cautará para que rías una alegre canción;
sus ojos sonreirán si acaso ansias

volver á tu mansión.
En cuna dormirás de madreperla,
de Tetis un joyal,
con sus besos el sol consignó henderla en el hondo veril.
Estrellitas de mar serán tu juego,
y un arpa de coral,
que logro de tus penas el sosiego y aduerma el temporal.
—Al mástil, marineros; con banderas del más vivo color,
formad iris con flámulas ligeras y grímpolas en flor.—
Se agitan las del barco blancas alas,
los bronceos al sonar,
y el aire inundan músicas y galas al ir á bautizar.
El pléyago con santa mansedumbre del cura oye la voz,
y hasta parece que la azul tochumbre sea su tornavoz.
Cuando destila de la concha fina el agua del Jordán,
el apropiado nombre de *Marina* le pone el Capitán.

La madre, que entre sueños oyó un canto lanza un ¡ay! de dolor;
¿será que bajan ángeles en tanto á robarle su amor?
Si; sus tiernas pupilas ya se empuñan cual húmedo cristal,
y á los que en torno en lágrimas la bañan acaricia jovial.
Mudo el labio parece repetirle; —no me lloréis así;
¿á qué en tan cierto viaje despedirnos? pronto os espero allí.—
Con el capillo mismo por mortaja Dios verla doseó,
y entre una ola que sube y la que baja, caña y tumba encontró.
Por angol suyo el mundo la quería, por sirena la mar;
y dijo Dios: —«aquesta flor es mía y la quiero en mi altar».
Sin tocar tierra emprendes la partida, te elevas pura y fiel,
desde este mar amargo cual la vida, á un mar de olas de miel.
¡Ay, quién tuviese tus novadas alas, paloma, y, de tí en pos,

á mar y tierra y sus montidas galas, poder decir —«adiós».
Traducción de
(Gente Vieja.) MELCHOR DE PALAU.

TIJERETAZOS

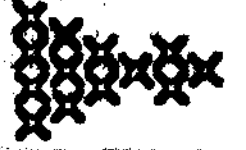
Dice un colega sevillano de la clase de no liberales:
«En Salamanca, Lerroux terminó su discurso gritando:
— Si es preciso matar, mataremos.
No te tires Reverte.»
No hay para qué tirarse.
¿No ve el colega que si Lerroux se tira el muerto es él?
¿Y si Lerroux se refiere á no haber quien matara los pollos para hacer el almuerzo?
Para eso no hace falta el Reverte, ni el «Chico de la Blusa», ni siquiera el «Patata».
Habiendo una mano diestra en la faena de retorcer pescuezos... no hace falta más.

Copiamos:
«El Sr. Urzáiz, ministro algo equivocado, inventaba que desmenuzando la plata, convirtiéndola en barbas, rasgando los billetes al Banco, pagándole lo que el Tesoro le adeudaba subirían los cambios, y el oro, como otro hijo pródigo, volvería á su casa paterna... ¡no se fijó dicho ministro que nuestro capital está en manos extranjeras, que causan los cambios y la desaparición de aquél!...»
Hombre, no; el Sr. Urzáiz no tuvo nunca la intención de que los cambios subieran.
Su gestión se encaminaba á todo lo contrario: á hacerlos bajar.
Por lo demás, quien tales errores comete no tiene autoridad para dar su opinión en cuestiones de Hacienda.
Digo yo.

Con motivo de la coronación de Eduardo VII se había preparado para los asistentes á la ceremonia un almuerzo en el palacio de Westminster para después de la coronación.



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



139

HANIA

Es la señal de mi esposo,
Mi lea Filón que me ama,
Que me espera, que me llama.

Cuando hubieron terminado, los viejos gritaron á nuestras espaldas:

—¡Bravo! ¡bravo! Ahora cantad alguna otra cosa.

Púsome también yo á cantar con ellos: Hania y Selim tenían una voz preciosa, pero la de Selim tenía un timbre y una expresión especialísima. Cuando yo desentonaba más de lo regular, ella y él se burlaban de mí. Después cantaron otras dos canciones, y entre tanto yo iba pensando por que Hania no había de haber cogido las crines de mi caballo en vez de coger las del caballo de Selim. Su caballo le gustaba muchísimo, de vez en cuando se apoyaba en el cuello del animal, ó lo acariciaba suavemente, murmurando:

— ¡Rico! ¡rico!

Y el manso animal relinchaba y parecía buscar con sus jadeantes naticas, el terroncito de azúcar.

Todo esto me puso triste; ante mis ojos no veía otra cosa que aquella mano apoyada sobre las crines del caballo de Selim.

138 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

su tenue luz en sutiles rayos sobre el solitario camino.

— ¿Cantemos una canción?—propuso Selim,—una canción antigua que es muy bonita, la del leal Filón.

—Nadie de nosotros la sabe,—observó Hania.—Yo sé otra mucho más bonita que empieza:

«Caen en otoño
Las marchitas hojas...»

Esto dió lugar á un pequeño altercado que terminó poniéndose de acuerdo y resolviendo que primero se cantaría la canción del leal Filón, porque á mi padre y al padre Luis les gustaba oírta, por recordarlos sus tiempos juveniles.

Hania introdujo su blanca mano entre las crines del caballo de Selim, y luego se puso á cantar junto con el joven tártaro:

Brilla el astro plateado
Sobre el bosque silencioso;
Unas palmadas esoncho

135

HANIA

—¡Señoritos!... ¡Hania!... se os suplica que subáis á tomar el te,—gritó desde la terraza la señora de Ives.

Y los tres subimos alegres y contentos.

La mesa había sido puesta en la terraza. Las lámparas que ardían en distintos puntos, esparcían una tenue luz, y un enjambre de mariposas revoloteaban en torno de la luz, azotando los globos de cristal; los pámpanos de la vid silvestre que serpenteaba alrededor de la terraza, se agitaban murmuradores á impulsos del suave aire de la noche, y de detrás de los álamos surgía la luna en su plateado plenilunio.

Nuestra conversación había insinuado en Hania, en Selim y en mí una disposición de ánimo singularmente dulce y afectuosa. La agradable y tranquila ejerció también su influencia sobre mi padre y sobre el padre Luis. Sus semblantes estaban serenos y puros como el cielo que nos sercía de arcesonado.

Después del te, la señora de Ives colocó encima de la mesa una baraja y se puso á jugar un solitario; mi padre estaba de muy buen humor y se puso á hablar de los tiempos pasados, lo cual era siempre una prueba de que se hallaba en el colmo de su satisfacción.

—Me acuerdo todavía muy bien,—dijo,—de que una vez nos hallábamos en las cercanías de una aldea del distrito de Krassostavosk. La noche era tan oscura que no se veía una sneta.